

TYLER BURGE. 2010. *Origins of Objectivity*. Oxford: Oxford University Press.

Origins of Objectivity es una obra de filosofía de la percepción que estará presente en el debate filosófico por mucho tiempo por la amplitud y profundidad de sus objetivos, y especialmente por lo a contracorriente que va en sus propuestas. La pregunta que Tyler Burge se propone responder es la de cuáles son las condiciones constitutivas necesarias mínimas que han de darse para que un individuo se represente su entorno de manera que pueda atribuir y reconocer en él atributos físicos a entidades físicas particulares. Los atributos en cuestión son tamaños, formas, colores, movimientos, texturas, ubicaciones o distancias. Identificar esas condiciones es responder a la pregunta por los orígenes de la objetividad: ¿En qué consiste “representar un mundo independiente de la mente de modo que [al hacerlo] se atribuya algunos de los atributos primarios que el mundo tiene de hecho”? (p. 3). El género de representación que se investiga es el de la representación empírica, la de estados perceptivos puros y simples, como ver una mancha roja en la superficie de mi mesa, o por estados que dependen en parte del ejercicio de capacidades perceptivas, como recordar que la superficie de mi mesa está manchada de rojo. Para Burge, las condiciones constitutivas mínimas de este género de representación radican en las capacidades psicológicas que ha de tener un individuo y en las relaciones que han de darse entre éste y el entorno en el que ubica. Una parte importante de esta investigación le compete a la ciencia (a la psicología, a la etología o a la zoología), a saber: la que se ocupa de las condiciones de la evolución de la vida y del desarrollo del individuo. Otra parte, en cambio, la de determinar cuáles de todas esas condiciones forman el núcleo constitutivo de la *objetividad*, es tarea de la filosofía. Le compete a ésta, según Burge, analizar los conceptos que definen los márgenes de esta empresa (como los de ‘objetividad’, ‘representación’, ‘percepción’, ‘condición constitutiva’, ‘atributo’, etc.) y sentar las condiciones generales en que se dará por cumplida.

Origins of Objectivity consta de once capítulos agrupados en tres partes. Los tres capítulos de la Parte I proporcionan, respectivamente, un excelente resumen de la obra, un completo análisis de los principales conceptos que se emplean en ella y una exposición de la posición filosófica desde la cual está pensada. Destacan en esta parte los capítulos segundo y tercero. El capítulo 2 (“Terminology: What the Question Means”) introduce y comenta los conceptos que es necesario dominar para seguir cabalmente el desarrollo de la obra. Los que más peso soportan son los de ‘representación’ (*representation*), ‘representación-como’ (*representation-as*) y ‘representación como de’ (*representation as of*). El primero tiene un uso genérico; el segundo se emplea para indicar cómo se representa algo en la representación; y el tercero, que no presupone la existencia de *representata*, muestra su flexibilidad al hacer frente a los casos de percepción no verídica. El capítulo 3 (“Anti-Individualism”) expone la plataforma filosófica desde la que se lanza la obra y anuncia la avalancha de críticas con las que se va a encontrar el lector en la Parte II. Burge expone en estas páginas la doctrina del Anti-individualismo, que afirma que la identidad y constitución de los estados mentales dependen de las relaciones entre los individuos y rasgos o propiedades de su entorno. A partir de este momento y hasta el final de la obra, el caballo de batalla de Burge es la doctrina del Representacionalismo Individual (RI) según la cual ningún agente puede representarse



nada – digamos que x , o que x es P – sin representarse *también* ciertas condiciones C – las condiciones de representación objetiva de x , o de que x es P –. (Una forma de rellenar ‘ C ’ contra la que Burge se muestra especialmente beligerante es la que exige que para que S perciba x , o que x es P , S tiene que ser consciente de que él o ella percibe x , o de que x es P .) Los partidarios del RI se agrupan en dos familias. La primera defiende que la construcción de representaciones de particulares objetivos se lleva a cabo con materiales subjetivos, como apariencias, datos sensoriales y cosas así. La segunda familia considera que el sujeto representacional, por ejemplo, el sujeto de percepción, está dotado de capacidades por medio de las cuales se representa *también* condiciones generales que posibilitan que perciba su entorno.

Los cuatro capítulos de Parte II contienen una detallada crítica de posiciones filosóficas representativas del RI en filosofía de la percepción. En esa crítica pesan significativamente el Anti-individualismo y el reiterado reproche de que las teorías de la percepción individualistas están insuficientemente informadas por los avances de la psicología y otras disciplinas científicas. (En cuanto a este reproche, la obra resulta excepcional dentro de la bibliografía disponible hoy.) El capítulo 4 (“Individual Representationalism in Twentieth-Century’s First Half”) presenta, primero, la concepción *fenomenista* de la percepción, heredera del empirismo clásico. Desde Russell y Broad, pasando por Ayer, Carnap y H. H. Price, hasta C. I. Lewis y Goodman, “la corriente principal de la filosofía del siglo XX” hace suya la primera variante del RI. En un segundo momento, Burge hace extensivo este diagnóstico a algunos de los más destacados miembros de la “tradición continental” (Husserl, Heidegger, Merleau-Ponty) y a filósofos como Cassirer. En los tres capítulos siguientes Burge centra su análisis en la segunda familia del RI. El capítulo 5 (“Individual Representationalism After Mind-Century”) tiene como objetivo identificar las razones del abandono del fenomenismo. Para Burge esas razones son tres: el auge del verificacionismo en teoría del contenido, del conductismo en la filosofía de lo mental y del descriptivismo en teoría del significado. La recuperación de algunas doctrinas de Frege y de propuestas específicas del segundo Wittgenstein y de Sellars desempeñan un papel destacado en la confrontación de Burge con la primera familia del RI. Es en los dos capítulos siguientes (6: “Neo-Kantian Individual Representationalism: Strawson and Evans”; 7: “Language Interpretation and Individual Representationalism: Quine and Davidson”) en donde Burge critica la segunda y más elaborada variante del RI, que detecta en elementos centrales de la filosofía de Strawson, Evans, Quine y Davidson. Las reiteradas llamadas de atención de Burge a los hallazgos de la ciencia sobre la naturaleza de los estados mentales, y en particular de los perceptivos, y sobre la metodología de su investigación, le llevan a concluir que éstos filósofos propugnan una visión hiperintelectualista de las capacidades mentales. Una parte significativa del material más polémico de la obra se encuentra en estas páginas.

En tres de los cuatro últimos capítulos Burge responde a la pregunta inicial de *Origins of Objectivity*. En el capítulo 8 (“Biological and Methodological Backgrounds”) acota el terreno propio de la filosofía de la percepción distinguiendo las funciones y normas biológicas de las representacionales. El objetivo es marcar el contraste entre discriminación sensorial (o registro sensorial de información) – una función biológica – y

representación y percepción – que son géneros psicológicos –. Sólo con la representación comienza a configurarse la objetividad; y es con la objetividad que se configura un tipo de explicación que apela a condiciones de veridicidad (*veridicality*): es decir, condiciones de precisión (*accuracy conditions*) en la representación del entorno. “La veridicidad no desempeña un papel sistemático o no trivial al explicar [el funcionamiento de] los sistemas sensoriales. No necesitamos una noción de representación para explicar el sistema sensorial del paramecio o la caracol. [Sí] necesitamos estados con condiciones de veridicidad para explicar la visión de los mamíferos y muchos otros animales” (p. 318).

Junto a los capítulos 2 y 8, el capítulo 9 (“Origins”) contiene el material más interesante del libro de Burge. La idea que se desarrolla aquí es la de que la percepción “es un tipo de representación sensorial objetiva por el individuo” (p. 368). Que un individuo completo es uno de los términos de esta relación es innegociable para Burge, pues sólo así cobra sentido el estrecho vínculo que existe entre percepción y acción. Que la percepción es sensorial significa que sus estados responden fiablemente a las causas que los producen. Sin embargo, la percepción, además de sensorial, es representacional. Esto significa que los estados perceptivos están parcialmente constituidos por condiciones cuya satisfacción determina su veridicidad. Esas condiciones presentan los tipos abstractos con los cuales agrupamos los particulares del entorno a los que nuestras percepciones se enganchan. Por lo tanto, en un acto perceptivo ponemos en juego capacidades atributivas y capacidades singularizadoras, subsumiendo, como si dijéramos, un demostrativo perceptivo bajo un tipo general también perceptivo. Esto no significa que el elemento demostrativo enganche cada vez un particular del mundo. “La percepción no es una capacidad infalible referencialmente” (p. 388). Pese a ello, Burge insiste en que, verídicos o no, los estados perceptivos se explican *siempre* en los términos que la ciencia habilita; es decir, por la existencia de constancias perceptivas, por las leyes de formación representacional que ha descubierto la psicología y por rasgos particulares de la situación perceptiva.

La parte más novedosa de la propuesta de Burge es su afirmación de que la percepción es un proceso de *objetivización* (*objectivification*), es decir, un proceso de “formación de un estado con un contenido *como de* un asunto (*subject matter*) que [se encuentra] más allá de los rasgos idiosincrásicos, proximales o subjetivos del individuo” (p. 397). El resultado es “un modelo perceptivo del mundo” (p. 398); y poder construir modelos así significa un salto cualitativo en comparación con el mero registro de las irritaciones de las superficies sensibles del organismo. En ese salto la piedra angular la encontramos en las *constancias perceptivas* – un tema que está presente en los capítulos 6, 7, 8, 9 y 10 –. La objetivización decanta eso que de común, tanto en lo referente a los tipos o atributos como en lo referente a los particulares que agrupar con ellos, haya en registros sensoriales muy diversos: “separa los registros locales, idiosincrásicos de las representaciones de la realidad independiente del individuo, independiente de la ocasión, independiente de la mente, independiente de la perspectiva, que se halla más allá del individuo” (p. 399). Esta función – y aquí se hacen evidentes las razones por las que Burge no es uno más dentro de “la corriente principal de la filosofía [de la percepción] del siglo XX [y del XXI]” –, se lleva a cabo de forma automática e incons-

ciente, en subsistemas perceptivos especializados, no siendo ni inteligente ni exploratoria.

Origins of Objectivity deja las cosas en este punto. El capítulo 11 (“Glimpses Forward”) hace explícitos algunos problemas que el lector puede haber barruntado, como el del nexo de la percepción con el pensamiento proposicional. Burge apunta que, así como el límite inferior de la percepción es el que separa los estados representacionales con contenido como de del registro sensorial de información, el límite superior establece la divisoria entre estados que no poseen contenido representacional proposicional (o conceptual) y estados que sí lo poseen. La convicción de Burge es que “[l]a percepción es constitutivamente independiente de las capacidades [necesarias] para el pensamiento proposicional” (p. 548). ¿Qué más demanda el pensamiento proposicional? Aunque esta pregunta pertenece a otro proyecto, se adelanta un apunte valioso. El paso que lleva de la percepción al contenido proposicional exige poner en juego capacidades que liberen al individuo de la especificidad de su situación contextual, que le permitan representarse las cosas en términos generales. El término que se reserva para referirse a este complejo de capacidades es el de ‘[capacidades de] atribución pura’ (*pure attribution*). Aunque sin desarrollar, las páginas 539 a 544, aportan algunas ideas las que explorar lo que Burge describe como “la frontera superior de lo perceptivo”. Sería magnífico que se emplease a fondo en este proyecto en los años próximos.

Juan José Acero
Universidad de Granada
acero@ugr.es

CARLOS CASTRODEZA. 2009. *La darwinización del mundo*. Barcelona: Herder.

Introducir una *mirada darwinista* en el contexto de la reflexión filosófica y científico social supone un reto de extraordinaria dificultad por varias razones. En primer lugar, porque la propia ortodoxia darwinista, que ha experimentado importantes transformaciones y superado ciertos equívocos que impregnaron el darwinismo desde la propia obra seminal de Darwin, continúa hoy siendo objeto de debate en algunos aspectos relevantes, de manera especial cuando extiende sus pretensiones hacia la interpretación de los fenómenos humanos. En segundo lugar, porque la filosofía y las ciencias sociales se muestran reactivas, sumamente incómodas, al entrar en contacto con la ciencia natural y, particularmente, con el naturalismo que puede derivarse de la teoría evolutiva por selección natural, anatematizada en el campo de las humanidades, por mor de los desvaríos del darwinismo social, desde sus mismos orígenes. En tercer lugar, porque quienes, en uno u otro sentido, han pretendido naturalizar el pensamiento filosófico y social lo han hecho intentando nadar y guardar la ropa al mismo tiempo, es decir, utilizando el naturalismo para demoler falsos ídolos espiritualistas e idealistas pero reservándose la posibilidad de reconstruir un cierto humanismo que, a la altura de las nuevas ciencias, salve los muebles y evite sacar las últimas consecuencias de su propia estrategia. Por último, porque el panorama que se divisa desde una óptica naturalista, radicalmente darwinista, es poco apto, muy probablemente, para la propia naturaleza